¿Enseñar Tecnología?

Ing. Agr. Carlos Mundt*

Porque nos es tan constitutiva y familiar, la tecnología suele pasarnos desapercibida. Es difícil dirimir si hemos llegado a transformarla en algo “natural” o si su gruesa capa de bienes y servicios, de aparatos, instrumentos y sistemas no nos ha separado ya de la Naturaleza y estamos viviendo en una burbuja tecnológica.

Hasta hace una década, todavía había una frontera. Y todos la veíamos. Eran los años de la alarma ambientalista: las alteraciones en la capa de ozono, el efecto invernadero, la contaminación ambiental, la erosión, la desertización, la deforestación, la lluvia ácida nos hablaban de una invasión del Hombre a una Naturaleza inerme. Era tomar conciencia de un daño irresponsable.

Pero, en forma creciente – en buena medida ayudados por la liviandad de lo novedoso en los medios de comunicación masiva – otros temas fueron ocupando ese lugar: la ingeniería genética, el desciframiento del genoma humano, la fertilización asistida, la clonación.

Alguien ya había advertido que el siglo XX fue el de la aplicación de los avances científicos en física y química a la tecnología y que el siglo XXI sería el turno de los avances en biología. Y si observamos los fenómenos descritos en primera instancia ha sido así.

Nuestras fabulosas herramientas mecánicas, químicas y atómicas tuvieron la capacidad de intentar realizar el viejo sueño de los siglos XVIII y XIX de “dominar la Naturaleza”.

Ellas fueron los instrumentos de la Revolución Industrial, de la mecanización del agro, de la revolución en el transporte, la medicina, la vestimenta, las ciudades, el hogar. Sus aplicaciones son nuestros vehículos, electrodomésticos y medios de trabajo, la electrónica, los fármacos, los agroquímicos. También, los explosivos, las topadoras, las chimeneas fabriles, el pavimento, las distancias acortadas, el tiempo banalizado. Todo lo que nos ha ido “levitando” de la vida casi pastoril de hace 200 años, separándonos, aislándonos de la Naturaleza. Sólo que ésta respondió con sus poderosas armas estabilizadoras respondiendo al desorden con el caos.

Pero, ahora, nuestras tecnologías han afinado la puntería y pueden llegar más profundamente, a la intimidad de la vida, no ya solamente de la materia en forma genérica. Y, al mezclarse con nuestra propia condición de seres vivos, nos alejan del mundo natural que era nuestra biología para transformarlo también en producto de nuestras decisiones y herramientas tecnológicas.

Sería un error anatemizar estos hechos que llegan ya a tocar nuestra conciencia. Debemos pensar más bien en qué contexto y como resultado de qué largos procesos hemos llegado a ellos. En el siglo XI, un Papa alarmado sacó una encíclica contra un arma que podía conducir a la destrucción de la Humanidad: la ballesta. Quizás, hoy la

anécdota nos mueva a risa, del mismo modo que el temor que infundían, allá por el 1900, esos “bóolidos desorbitados “ que circulaban sin caballos a 30 km por hora.

La reflexión que podemos ensayar es preguntarnos si la siempre creciente capacidad del ser humano de aumentar su hábitat artificial, de separarse de la Naturaleza y no adaptarse al medio, de comandar su propia evolución, de desarrollar su motricidad e inventar herramientas, de crear el lenguaje y desarrollar su capacidad neural, de ocupar todo el planeta y salir de él, de conocer y burlar las leyes naturales, no conduce en un momento – y sería éste – a que ese avance genere una vuelta sobre sí mismo y una toma de conciencia del herramental que ha generado.

El ser humano es el gestor y, a veces, el prisionero de sus propias herramientas. En el camino que lleva a la operación que previene un mal mayor, el analgésico que alabamos al final de una jaqueca, el trasplante que devuelve la vida a un niño, el antibiótico que frena una infección, la vacuna gracias a la cual una plaza está llena de chicos que corren, hay momentos oscuros y de duda, pruebas que fracasaron, errores garrafales, médicos que disecaron cadáveres cuando estaba prohibido, científicos que burlaron los preceptos de su época. También malas intenciones, afán de lucro, malas conciencias, delirios omnipotentes.

Esa tarea de darle un contexto a nuestro desarrollo como especie, a la vez natural y cultural, puede dar mayores – y quizás, mejores – frutos que discursos morales que apelan a “rescatar” un ser humano primigenio que la tecnología y la ambición habrían vuelto malvado e irresponsable.

Es un viejo debate éste de la responsabilidad por los actos humanos. Éste de la neutralidad de la ciencia y de la inevitabilidad del progreso. Éste de las buenas causas en manos de malos ejecutores. Éste del “yo no fui”, descargando las consecuencias en otros. Éste de un Hombre bueno que la mala compañía de sus propias acciones transformó en un destructor de la Naturaleza. Hay algo de eso, pero hay mucho más en este debate. Es más serio, menos fácil, más complejo.

Sólo que para lograr esa reflexión, es necesario ir más allá de los meros instrumentos y procesos técnicos. Para ello, debemos enseñar Tecnología. No sólo tecnologías.